3

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO,

EN LA

SOLEMNE INAUGURACION DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1871 Á 1872,

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ FERNANDEZ SANCHEZ,

CATEDRÁTICO DE HISTORIA.

Impreso de órden de la Universidad.

SANTIAGO:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JOSÉ M. PAREDES,
Virgen de la Cerca núm. 12.

1871.

Ilmo. Señor:

SIGUIENDO las tradiciones universitarias en solemnidades como la presente, voy á disertar brevísimos momentos sobre un punto de Historia, cuya cátedra tengo á mi cargo en esta renombrada Escuela. Al recorrer el campo vastísimo de tan útiles cuanto amenos estudios, han llamado mi atencion, entre otros hechos de no menos interés y trascendencia, las *Cruzadas,* sobre cuyas *causas, vicisitudes y consecuencias* emitiré algunas consideraciones, contando con la indulgencia del ilustrado

concurso que me escucha, ya que solo el cumplimiento de un estricto deber me hace subir á tan elevado sitio, y por circunstancias especiales apenas he tenido tiempo de escribir este pobre discurso.

I.

Señalan las Cruzadas una de las fases mas gloriosas de la terrible lucha largo tiempo empeñada entre los adoradores de la Cruz y los sectarios de la media luna. Saliendo de los desiertos de la Arabia, los sucesores del Profeta habian llevado su dominacion y fiero despotismo á la Siria, Palestina, Persia y Asia Menor; al Egipto y al Africa Septentrional; á España é Italia; acampando á las puertas mismas de Constantinopla. Los pueblos cristianos de esas diferentes regiones habian sido inundados de sangre, vertida por la cimitarra agarena, que habria sometido á su imperio el mundo todo, á no haberse levantado el Occidente como un solo hombre en defensa de su religion y de su independencia. Por

fortuna la Europa estaba prevenida para este empuje salvador. El imperio casi se habia declarado vencido en su prolongada contienda con el Pontificado, en el cual veian los pueblos un centro, un foco de luz vivísima, el único resorte que podria conducirlos à empresas gloriosísimas y que salvasen, avivando el sentimiento religioso, la cristiandad amenazada. Además habíase dado tregua á las rivalidades de familias, pueblos y naciones; y la nobleza feudal buscaba teatro mas grandioso donde satisfacer su sed de gloria.

La guerra, pues, debia estallar terrible entre dos solos contendientes, la familia musulmana, que arrogante soñaba en la dominacion del mundo, y el pueblo cristiano, que amenazado en su independencia religiosa, política y civil, uníase estrechamente para defender los paises no sometidos todavía, para vengar á sus hermanos oprimidos, y para reconquistar las comarcas que estaban en poder de los infieles.

Por otra parte, en una época como la Edad Media de ardentísima fé, la cristiandad

no podia sufrir que el Sepulcro de Cristo fuese profanado por los sectarios de Mahoma. Al lado de esta consideracion ¿qué valian los trabajos, los insultos, las vejaciones y la muerte misma que en los lugares de nuestra redencion encontraban tantos fieles generosos, que, cual ejércitos ordenados, emprendian diariamente el camino de Jerusalen, sin otras armas que el bordon y la esclavina? Y sin embargo era menester tambien dar garantías de seguridad, de libertad y de respeto á los nobles y esforzados adalides que partian; y de tranquilidad á los que menos animosos y no tan felices, despues de la despedida, quedaban pidiendo al Cielo protegiese la santa peregrinacion.

¡Qué espectáculo tan tierno el de aquel adios! Con dificultad podremos comprenderle nosotros, que vivimos en una época de menor exaltacion religiosa, y en que los medios de comunicacion se han multiplicado tanto y son tan fáciles y rápidos, y afortunadamente, aunque todavia ¡ay! la tumba de Jesus está en poder de los infieles, no aguar-

dan allí al piadoso romero las vejaciones de otros tiempos. Durante la misa mayor, á que asistía todo el pueblo, el párroco entregaba al peregrino el bordon y la esclavina, dándole al propio tiempo la bendicion, que repetia una muchedumbre, anegada en lágrimas de ternura. Los parientes y amigos le acompañaban largo trecho, y al despedirse en fin entre abrazos y sollozos, repetíanle una y mil veces sus piadosos deseos de buen viaje, y pedian á Dios le diese sus ángeles por guias. Su único pasaporte era una carta del Obispo, que bastaba para que obispos, sacerdotes y simples fieles se apresurasen á darle caritativa hospitalidad. Nadie, ni aun los mayores facinerosos, se atrevia á molestar al piadoso romero, y los buques de Marsella le trasportaban gratuitamente á uno de los puertos de Tierra Santa, si no prefería para sufrir mas por Aquel que dió su vida por los hombres, seguir el camino de Hungría, Transilvania, Constantinopla, y pasando el Bósforo llegar á Palestina, despues de haber atravesado los interminables desiertos, y vadeado

los rios del Asia Menor y la Siria. Satisfecha su ardiente devocion, visitando los principales lugares santificados por el Salvador del mundo, el peregrino dirigíase frecuentemente à Roma en una nave de Venecia, Nápoles ó Amalfi; y desde allí regresaba al pueblo de donde habia partido. Sus convecinos salian á recibirle procesionalmente, y dirigiéndose á la parroquia, todos daban gracias por la llegada del peregrino afortunado, que depositaba en el altar la palma cortada en el valle de Jericó. «¡Qué fiesta la que celebraba aquel regreso! exclama aquí un entusiasta historiador de la Ciudad Santa. ¡Con qué respeto se acercaban todos al que habia tocado con su mano el santo Sepulcro y el Calvario, habia estado en el establo de Belen, y se habia bañado en las santas aguas del Jordan! ¡Con qué piadosa curiosidad le preguntaban cien veces los mismos pormenores sobre unos sitios tan caros á su fé! Viéndole, escuchándole, tocándole, creian los fieles respirar el aire de la Judea, oir los rumores bíblicos del monte Sion, y del monte de los Olivos,

y abrazar la tierra pisada por Jesu-Cristo.»

Una cosa, sin embargo, acibaraba el universal regocijo: la cautividad del Sepulcro del Hijo de María, y la triste condicion de los cristianos de aquella tierra bendita, que acababa de abandonar el peregrino. Los fieles de Jerusalen no solo pagaban tributos exorbitantes, sino que además eran tratados como esclavos, llevando un ceñidor de cuero, en señal de servidumbre. Solo arrostrando mil peligros podian ejercer las ceremonias del culto, que con frecuencia quedaba enteramente proscrito, y los templos convertidos en caballerizas. La caridad ardiente de los Monjes y la celosa intrepidéz de los Hospitalarios de S. Juan estrellàbase contra la crueldad y estúpido fanatismo de los infieles, que estremaron su despotismo brutal, cuando los Turcos Seljiucidas se apoderaron de la Ciudad Santa. Todo el Oriente estaba amenazado en su existencia por los terribles conquistadores. El imperio de Constantinopla apenas contaba para defenderse con otra fuerza que un ejército corrompido, cobarde, sin

patriotismo ni religion; y una série de vergonzosos descalabros habia evidenciado ya que Bizancio no era el antemural de Europa. Alejo Comneno, pues, pide que los príncipes cristianos de Occidente vayan à salvar su decrépito imperio, y ofrece en cambio la union de la iglesia griega à la latina.

Menester era un supremo esfuerzo para salvar del yugo muslímico la Europa y su civilizacion; que tamaño interés encerraba el rescate del Sepulcro de Cristo. Los Papas fueron los promovedores ardientes de esta obra civilizadora y social. Silvestre II que siendo Arzobispo de Rávena habia peregrinado á Tierra Santa, dirigió en nombre de Jerusalen un elocuentísimo llamamiento á la Iglesia universal. «Soldados de Cristo, decia la angustiada ciudad, haced esfuerzos, levantad el pendon, lidiad;» y cerca de un siglo despues San Gregorio VII escribia: «Nuestros padres han visitado muchas veces esa tierra sagrada, para consolidar la fé católica, y nosotros sostenidos por las oraciones de toda la cristiandad, iremos tambien allí á de-

fender nuestra fé, y á nuestros hermanos.» Urbano II, aceptando la herencia de Gregorio VII, lanzó á la Europa sobre el mundo musulman. Habíale conmovido la elocuencia de Pedro el Ermitaño, que testigo de la opresion de los cristianos de Jerusalen, y prosternado delante del Sepulcro del Salvador, habia creido oir la voz de Jesus que le decia: *Pedro, levántate: ve á anunciar á mi pueblo el fin de la opresion. Vengan mis siervos y sea libertada la Tierra Santa.* El fervoroso Ermitaño, con la bendicion del Pontífice, recorre la mayor parte de Europa, con la cabeza descubierta, los piés descalzos, un áspero sayal, ceñido con grosera cuerda, por todo vestido, y un Crucifijo en la mano. No descansa de dia ni de noche: atraviesa montañas y desiertos; vadea rios; predica con la voz, con el gesto, con las lágrimas, que escaldan sus mejillas, al recuerdo solo de las profanaciones de que fué testigo en la Ciudad Santa. Y cuando Urbano II en el concilio de Clermont promete el perdon á todo el que verdaderamente arrepentido de sus

pecados se cruce para libertar los Santos Lugares; los aires resuenan con los gritos mil veces repetidos de ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! ¿Encontrais en la Historia guerra mas legítima, justa y razonable? ¿Conoceis un hecho inspirado por sentimiento mas noble y generoso y á la vez mas fecundo en consecuencias?

II.

Pasaremos rápidamente por los hechos de aquellas brillantes expediciones, que están en la mente de todos. Era el año 1095. El mundo cristiano se pone en movimiento. Génova, Pisa, Venecia, Nápoles, Amalfi, Marsella y otras ciudades marítimas aprestan sus escuadras para trasportar el Occidente al Oriente. Francia, Italia, Alemania é Inglaterra se disputan la gloria de dar el mayor y mas lucido contingente para la colosal empresa. El Norte envia sus guerreros, y tambien nuestra España, no obstante encontrarse ella á su vez en lo mas recio de la porfía se-

cular contra los sectarios de la media luna, y percibirse á lo lejos el polvo que levanta el innumerable ejército de los Almoravides, y preludiarse el horrible desastre de Uclés. Los señores se disponen para la gloriosa expedicion, perdonando deudas y emancipando siervos, y la bocina del castillo no apellida ya á unos cuantos desalmados para despojar á otro señor mas débil, ó para asaltar los caminos; sino para rescatar la ciudad santa de Jerusalen, en cuya empresa tomaron parte no solamente los guerreros de probado valor, sino las mujeres y los niños; los ancianos y los achacosos; obispos, sacerdotes, monjes y monjas.

Sin esperar la época convenida, emprende su ruta un ejército, compuesto de ancianos, mujeres y niños, capitaneados por Pedro el Ermitaño y Gualtero sin Hacienda. Aquella muchedumbre desordenada, sin armas, y sin provisiones, entregándose al saqueo para subsistir; sucumbió en su mayor parte en las vastísimas soledades de la Hungría.

Entre tanto habíase ya organizado otro

ejército de guerreros de todos los pueblos de Europa, sobre los que descollaba el piadoso, el casto, el noble, el intrépido Godofredo de Bullon, duque de Lorena. Llegado á Constantinopla, Alejo Comneno tiembla ante los 600,000 cruzados. Su política pérfida é insidiosa no aminora, sin embargo, el ardor de los denodados guerreros, que pasando el Bósforo, sufren hambre, miseria, enfermedades, frios, calores; rechazan todas las acometidas, y no decaen por las sorpresas. La batalla de Dorilea les abre los desfiladeros del Tauro, desde donde penetran en la Siria. Edesa y Antioquía caen sucesivamente en poder de los soldados de la Cruz, que el 7 de Junio de 1099 al amanecer se estremecian de entusiasmo, é hincaban la rodilla en tierra á la vista de Jerusalen. «Reyes y profetas de los antiguos tiempos, diremos aquí con un inspirado publicista católico, salid de vuestros sepulcros para recibir á los Salvadores, venidos de las remotas playas del ocaso! David, pulsa tu arpa para repetir que *el Señor prefiere las puertas de Sion á todas*

las tiendas de Judá; y tú, Hijo de Amós, anuncia á Jerusalen, que es llegada la hora en que va á salir del polvo, y á quebrantar las cadenas de su cuello.» Cuarenta dias despues, la ciudad santa caía en poder de los heróicos guerreros, á la hora misma en que el Salvador del mundo habia dado su vida en el precioso madero por la redencion del género humano.

No podemos aprobar los excesos de crueldad á que se entregaron los cruzados en los primeros momentos del triunfo; pero obsérvese que de 600,000 que eran al entrar en Constantinopla, solo 20,000, en estado de tomar las armas, se presentaron delante de Jerusalen, y aun esos extenuados por la fatiga y las inclemencias de un sol canicular en el ardoroso suelo de la Palestina. Los demás habian sucumbido por los rigores del clima tambien, y mas aún por la pérfida alevosía de los griegos, ya en inteligencias con los musulmanes. Si á esto se añade la resistencia desesperada de los sitiados, y las crueldades de que venian siendo víctimas los

cristianos de la ciudad, redobladas durante la heróica campaña, ¿no merecerá la conducta de los cruzados un átomo siquiera de indulgencia?

La fundacion de un reino feudal en la Palestina, cuya capital era Jerusalen, con todas las instituciones políticas y sociales que eran su consecuencia; el establecimiento de un Patriarcado latino, con la gerarquía eclesiástica correspondiente; y la creacion de las órdenes militares, que luego adquirieron tanto desarrollo, y tan señalados servicios prestaron á la causa de la religion y de la humanidad, tales fueron los resultados inmediatos de esta primera cruzada.

Podemos considerar al duque de Lorena como el primer rey, por mas que su humildad, contentándose con el título de Baron del Santo Sepulcro, no haya consentido ceñir la corona de oro allí donde la habia llevado de espinas el Salvador de los hombres. Pero ni la virtud y valor probados de Godofredo de Bullon, que pasó por el trono como sombra, ni el heroismo y actividad de su

hermano Balduino, que le sucedió, pudieron consolidar el nuevo reino, que antes de trascurrido medio siglo hicieron conmover en sus mismos cimientos los triunfos de Noradino. La Europa tembló tambien al anuncio de la caida de Edesa en poder del afortunado guerrero; y San Bernardo recorrió los pueblos de Francia y Alemania predicando una segunda cruzada, cuyos jefes fueron el rey Luis VII y el emperador Conrado III. La perfidia de Manuel Comneno, los celos y rivalidad de los dos monarcas, de los señores y del ejército, no menos que el hambre, la sed, los rigores del clima y hasta la intemperancia y relajacion que se desarrolló en el campo cristiano, fueron causa de que fracasara por completo la obra del elocuente abad de Claraval; pues mientras regresaban á Europa con sus huestes Conrado y Luis, Noradino llevaba el espanto por toda la Palestina, y San Juan de Acre caía en poder de su sucesor Saladino, quien derrotaba y hacia prisionero á Guido de Lusiñan en la terrible batalla de Tiberiades, y se apoderaba otra

vez en el mismo año de la Ciudad Santa (1187).

No por eso se entibia el fervor de la cristiandad. A la consternacion que se apodera de todos los ánimos, al anuncio de las tristes nuevas, sucede un generoso arranque, mas entusiasta y universal, si cabe, que los anteriores. Los jefes de esta tercera cruzada, que predicó Guillermo, Arzobispo de Tiro, fueron Federico Barbaroja, emperador de Alemania, Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon, reyes de Francia y de Inglaterra respectivamente. Los preparativos eran inmensos, los ejércitos numerosísimos y brillantes, la confianza de la Europa en el éxito de la empresa, absoluta. La Tierra Santa va definitivamente á dejar de ser esclava; los fieles de Jerusalen respirarán libremente, y la cristiandad entera podrá satisfacer sus vivas ansias de visitar sin peligros, ni vejaciones, el sepulcro de Cristo. Pero, ah! tambien esta cruzada abortó, y de aquí el desaliento, la frialdad y hasta la indiferencia, que empieza á apoderarse de la Europa en la prosecucion de las gloriosas empresas. Federico Barbaroja

muere, bañándose en las aguas de Cydno. La mayor parte de su ejército sucumbe tambien. Los reyes de Inglaterra y Francia embárcanse juntos en Marsella; pero bien pronto los celos de mando, y una funesta rivalidad los separa, esterilizando los efectos de tan acertada union. Por desgracia no reinaba mejor armonía entre los cristianos de Palestina, donde dos pretendientes se disputaban el vano título de rey de Jerusalen. Felipe Augusto regresó bien pronto á sus Estados, y Ricardo Corazon de Leon, á pesar de sus prodigios de heroismo, no pudo rescatar la Ciudad Santa, que ni siquiera se atrevió á mirar cuando en una de sus correrias llegó hasta las alturas de Emmaus, exclamando con voz ahogada por los suspiros: *no merece verla el que no fué capaz de conquistarla.*

Sin embargo todavía la Europa intentó contener los triunfos de Malck-Adel, que prosiguiendo la obra de su hermano Saladino, amenazaba poner término al imperio cristiano de Oriente, é invadir el Occidente. Pero si el fin

de aquellas gloriosas expediciones seguia siendo el mismo; y la Iglesia y los Papas y el pueblo le proseguian con entusiasmo y noble ardimiento; para muchos señores, condes y barones iban degenerando de su carácter primitivo. La vanidad, el espíritu caballeresco y la sed de gloria, fueron los principales móviles de la tercera cruzada. La ambicion, la codicia y otras pasiones mas ruines aun empañarán el brillo de las restantes; y empequeñecerán y quizá esterilizarán sus resultados. ¿Qué importa que de vez en cuando aparezcan héroes como Juan de Briena y San Luis, si las divisiones y espíritu egoista y mercantil, que se desarrollan en el campo cristiano estorbarán el triunfo de la nobilísima causa; y la despreocupacion y hasta impiedad de un Federico II la harán mas daño que las armas mismas de los infieles?

Por esta razon era fácil prever ya que el fin principal que la cristiandad se habia propuesto al llevar á cabo esas grandes, civilizadoras y gloriosísimas empresas, desgraciadamente no habia de verse cumplido. Así fué

como ni la cuarta cruzada tuvo otro resultado inmediato que el destronamiento de los Comnenos y la fundacion del imperio latino en Constantinopla; ni la quinta pasó de un conato, aunque fué lo bastante para trasmitir á la posteridad cubierto de gloria el nombre del esforzado Juan de Briena; ni la sexta sirvió para otra cosa que para escandalizar á la cristiandad las torpes condescendencias de Federico II con los infieles; ni las dos últimas sino para realzar la caridad y abnegacion del santo, del mártir Luis IX, digno hijo de D.ª Blanca de Castilla.

Todavía, sin embargo, los Sumos Pontífices recordaban frecuentemente á los pueblos el empeño sagrado, que la Europa cristiana habia contraido, de arrancar á los infieles un pais, que el honor no consentia tuviese otros dueños que los discípulos de Jesus; pero su voz se perdia casi siempre en medio del fragor de los combates y de las luchas intestinas; que parecia llevaban á un abismo á nuestro continente en los siglos XIV y XV; y su celo, que crecia á medida que las difi-

cultades de la empresa eran mayores, estrellábase contra la glacial indiferencia que se iba apoderando de la cristiandad. Nicolao V, cuyo corazon traspasa de pena la noticia de la caida de Constantinopla en poder de los turcos, promovió una cruzada; pero le sorprendió la muerte sin ver puesto por obra el ardiente deseo de su pontificado. Calixto III baja tambien al sepulcro sin poder realizar sus grandiosos proyectos, y cuando Pio II tenia empeñado en tan gloriosa empresa al rey de Francia, al duque de Borgoña y á la república de Venecia, pasó á mejor vida en Ancona al tiempo de embarcarse para ponerse él mismo al frente de los cruzados. Bien puede decirse que hasta los tiempos de Clemente XI apenas deja de cruzar por la mente de un solo pontífice el pensamiento de libertar los Santos Lugares. Clemente XI envia legados á todas partes para empeñar á los pueblos y á los reyes en tan cristiana empresa. Una escuadra numerosa compuesta de naves de España, Portugal, Génova, Toscana, y la órden de Malta, y en cuya capitana on-

dea el pabellon de la Iglesia, recorre los mares de Asia, auxiliando los triunfos que obtienen los ejércitos imperiales y suizos, para cuyo equipo el Papa habia prodigado sus tesoros, y queria vender hasta los vasos sagrados. «Entonces, dice el mas célebre historiador de las cruzadas, los otomanos oyeron la voz elocuente del destino, que les mandaba detenerse, y no pensaron en adelante sino en defender su imperio, amenazado á la vez por los alemanes y los rusos. Por otra parte, luego que cesó la alarma para la cristiandad la Iglesia no tuvo ya que predicar nuevas expediciones contra los infieles, y las guerras de Oriente en adelante no tuvieron otro móvil que la ambicion de los soberanos, y los recuerdos de la antigua Grecia.»

III.

Tales son en brevísimo compendio los acontecimientos mas importantes de esas gloriosas expediciones, que durante siglos llenan las páginas de la historia universal. Apenas

se conciben los juicios apasionados en que de una manera absoluta se estigmatizan como injustas, temerarias y fuente de males inmensos, en comparacion de los cuales poco significan las escasas ventajas que reportaron á la sociedad. Pruebas dá de ceguera voluntaria el que de esta manera desconoce ó niega los testimonios históricos mas unánimes y fehacientes, todos hasta estos últimos tiempos favorables á las cruzadas. ¿De parte de quien está la razon?

Ya hemos visto el pensamiento generador de las cruzadas. La Europa estaba en peligro. Sus instituciones religiosas, políticas y sociales veíanse amenazadas. El estandarte de la media luna dominaba en el Oriente; un poco mas de espera, y el Occidente quedaria sumido en las tinieblas de la barbarie musulmana. De los musulmanes habia partido la agresion: la cristiandad no hacia otra cosa que defenderse, y la defensa es de derecho natural tanto como de derecho de gentes; y aquí no solo era un derecho sino tambien un deber y deber de patriotismo. Zozobraba la sociedad,

la religion, la familia, los mas caros y sagrados intereses de los pueblos cristianos. ¿Podian estos consentir que los hijos del desierto los siguiesen atacando impunemente? ¿habian de dejárselos arrebatar sin una protesta enérgica y solemne, sin un alzamiento en masa colosal, como el de las cruzadas?

Además no habia un solo pueblo de Europa, que no tuviese que vengar agravios de esos que, si no reciben satisfaccion cumplida, provocan guerras prolongadas y desastrosas. Los innumerables peregrinos, que de todos los puntos marchaban á Jerusalen, con dificultad podian satisfacer sus legítimas ansias de visitar los lugares de nuestra redencion, siendo víctimas, segun hemos visto tambien, de toda clase de insultos y atropellos. Por otra parte la conquista de Jerusalen por los infieles no habia prescrito, ni podido prescribir. Jerusalen era de los cristianos y solo de los cristianos: el mismo Califa Harun-al-Rachid habia reconocido tan sagrado derecho, al entregar á Carlo Magno las llaves del Santo Sepulcro por medio de sus embajado-

res, proclamando de esta manera solemne, que la ciudad de los Profetas y de Jesu-Cristo no debia pertenecer á otros que á los adoradores de la Cruz. ¿Podia consentir la Europa, sin deshonrarse, que de una manera brutal continuasen atropellando la razon, el derecho y la justicia los sectarios de Mahoma? Repitámoslo. Dificilmente se encontrará en los anales de la historia una guerra mas razonable, justa y legítima, ni, digámoslo muy alto, inspirada por una política mas sabia y previsora.

Pero no basta que una guerra sea justa: es menester que no sea una temeridad el provocarla. ¿Absolvería la posteridad á la ciudad libre de Hamburgo, por ejemplo, si se atreviese á declarar la guerra al poderoso imperio de Alemania, por mas que la razon, la justicia y el derecho internacional militasen en favor suyo? Pues ahora bien, la Europa cristiana no se encontraba seguramente en este caso, frente á frente del imperio musulman. De uno á otro confin de nuestro continente las ciudades como las aldeas; el palacio

de los príncipes como la zahurda del menesteroso; los montes y los valles; los mares y los rios repiten mil veces el grito, que prolonga el eco, y se pierde en el espacio, *Jerusalen! Jerusalen! ¡Dios lo quiere! Dios lo quiere!* Y la Europa prodiga sus tesoros y la sangre de sus hijos; y las flotas cristianas cuajan los mares de Asia; y al lado de Pedro el Ermitaño y San Bernardo, Guillermo de Tiro y Fulques de Neully, cuya inspirada elocuencia arrastra irresistiblemente; no pueden contarse los Godofredos de Bullon, los Balduino, los Federico Barbaroja, los Ricardo Corazon de Leon, los Juan de Briena, los San Luis. Godofredo de Bullon iba al frente de 600,000 guerreros, y además esperaba en Constantinopla auxilios que por si solos en otro tiempo habian rechazado las acometidas de los infieles. ¿Podian recelar los caballeros de la Cruz el artero, el villano proceder de los Comnenos? Mas lucidos y disciplinados eran los ejércitos que en la segunda cruzada mandaba Conrado III y Luis VII; y todavía mas numerosos los que en la siguiente eran capita-

neados por Federico Barbaroja, Felipe Augusto y Ricardo Corazon de Leon. ¿Quién ignora el terror que infundieron en los infieles las proezas de aquel paladin cristiano? Las mujeres turcas no hacian otra cosa que pronunciar su nombre, si querian acallar á los pequeñuelos. ¿Has visto, decian los ginetes á sus corceles, si se espantaban alguna vez, has visto la sombra de Ricardo? En la cuarta cruzada iba la flor de la nobleza italiana y francesa; en la quinta y sexta lo mas escogido de Italia, Alemania y las islas del Mediterráneo, y por fin en las dos expediciones de San Luis se despobló la Francia, sin contar los brillantes contingentes con que le acudieron todos los estados de Europa. ¿Eran temerarias unas empresas, llevadas á cabo con tan formidables medios?

«Pero cuán fecundas fueron en males aquellas deplorables empresas! Cuán estériles en bienes!» insisten en afirmar los eternos enemigos de las glorias pasadas, sobre todo, si como aquí sucede, han sido inspiradas, protegidas y llevadas á cabo por el ge-

nio cristiano. Ni lo hemos disimulado, ni teníamos porqué: hemos contado los hechos con toda la imparcialidad que pide la veracidad histórica, y quizá hemos recargado demasiado las tintas. La sangre corrió á torrentes, ciertamente; el Asia fué la tumba de centenares de miles de guerreros; comarcas enteras quedaron abandonadas; sufrió por de pronto la agricultura; tambien se resistieron algun tanto las costumbres en los campamentos de los cruzados; la ambicion, el egoismo, los celos y rivalidades de muchos señores empequeñecieron la empresa colosal, y debilitaron el entusiasmo purísimo que dió ser á tantas glorias inmarcesibles. Todo esto que, bien lo sabeis, se exagera mas allá de lo razonable, lo deploramos profundamente. Pero si la guerra era justa, y sobre justa de todo punto necesaria, segun dejamos cumplidamente demostrado, forzoso es resignarse á muchas de sus tristes consecuencias, que no lo fueron tanto, ni tan terribles como podria temerse de los tiempos, de su larga duracion, del número y condicion de los con-

tendientes, y del encarnizamiento y convicciones profundas, con que cada cual se lanzaba á la pelea. Y calumnian inícuamente la memoria de aquellos ilustres paladines, quienes los creen víctimas de pasiones brutales y bastardas, á ellos tan desinteresados, tan llenos de abnegacion, que abandonaron bienes, emanciparon siervos, y sacrificaron sus vidas por la más noble, la mas patriótica, la mas santa de las causas; á ellos que despreciaron las delicias del hogar, los goces de la familia, las comodidades y bienestar de la paz, no por conquistar reinos y adquirir títulos y señoríos, sino por rescatar del poder de los infieles el Sepulcro del Redentor; á ellos, en fin, que á semejanza del divino Maestro, cifraban su mas legítimo orgullo en servir á los pobres y pequeños, y brillaron extraordinariamente mas que por su valor intrepidéz y heroismo, por su caridad ardiente, por el espíritu de fraternidad, y por su humildad, inverosímil para los hombres de otros tiempos y singularmente de los nuestros.

¿Pero es cierto que las cruzadas no pro-

dujeron absolutamente ningunos beneficios, ó cuando mas fueron tan insignificantes que no bastan para borrar el *eterno estigma* que pesa sobre tan *locas aventuras?* La historia en todas sus páginas responde que no, y nosotros vamos á demostrar en muy breves términos que apenas se registra un hecho tan fecundo en consecuencias beneficiosas á la sociedad.

En primer lugar las cruzadas libraron á Europa de la dominacion musulmana. Efectivamente, el pensamiento político de Mahoma, que de él heredaron sus sucesores, no era otro que el de someter á todos los pueblos de la tierra á la ley del islam. Los primeros triunfos hacen creer á sus fanáticos sectarios que Dios está con ellos, y que por su santa causa y la de su profeta empuñan el alfange, embrazan los escudos, pelean, triunfan y mueren. Su entusiasmo no reconoce límites: su ardimiento allana todos los obstáculos. La Arabia entera, que en un principio persigue al epiléptico marido de Cádija, reconoce pronto *que no hay mas Dios que*

Dios y que Mahoma es su profeta; y lo reconoce igualmente la Siria, la Palestina, gran número de comarcas del Asia Menor, la Mesopotamia, Persia, y las apartadas regiones de la India; y tambien el Egipto, la Cirenáica, la Numidia, la Mauritania y otras regiones de Africa. España entera, menos las tristes breñas de Covadonga, habia rendido algun dia su cuello á la vergonzosa coyunda, y lo mismo Francia hasta el Loira, y parte de Italia, y Sicilia y las demás islas del Mediterráneo. Y tiembla el caduco imperio de Constantinopla, y tiembla el resto de nuestro continente, y tiembla toda la cristiandad amenazada. Tiene razon para estremecerse, pues está á punto de sucumbir bajo la ley del islam. Y sabeis lo que habria sido la Europa bajo tan bárbara y opresora dominacion? Que os lo digan esas regiones vastísimas de Asia, tan florecientes en otro tiempo, tan ricas y tan pujantes, esterilizadas ahora por el soplo asolador de una civilizacion de falsa brillantéz en su superficie, en su fondo gangrenada, y agostada apenas nacida. Que os lo diga la

patria de San Cipriano, Tertuliano y San Agustin, cuna de tantos genios ilustres, sumida hoy en las tinieblas de la barbarie mas estúpida.

Bajo el punto de vista político no fueron menos importantes los bienes que las cruzadas produjeron en la sociedad. Antes de la época á que nos vamos refiriendo tenian conturbada á la Europa las luchas intestinas de familias y pueblos, constantemente promovidas por la turbulenta actividad de los señores feudales. A duras penas la iglesia habia conseguido el establecimiento de la tregua de Dios. Pues ahora bien, el grito de guerra contra los infieles, fué al propio tiempo el anuncio de la paz, que bajo la sagrada garantía de esa misma iglesia, firmaban todos los pueblos cristianos. ¡Qué espectáculo tan hermoso el de aquellas familias, largos siglos separadas por odios inextinguibles y que cifraban su felicidad en la mútua desgracia, darse el ósculo de paz perpétua en nombre de Cristo, bajo cuyas banderas como simples soldados iban á militar!

De aquí resultó otro bien inapreciable. La Europa estaba fraccionada hasta un extremo deplorable. Contaba casi tantos estados como poblaciones, tantas soberanías como castillos; el principio de autoridad yacía pisoteado, el de la propiedad casi desconocido. El emperador, el rey habian quedado reducidos á una condicion precarísima: el último baron suponia con frecuencia mas que ellos. Ni era mas desahogada la suerte de las ciudades; la clase media no existia; fuera de los señores, todos eran siervos pegados al terruño, como la ostra á la concha. El feudalismo que habia sido una necesidad y prestado servicios importantes, amenazaba ahogar la vida de aquella misma sociedad que habia contribuido á establecer. ¿Comprendeis la importancia política de las cruzadas? Los reyes, aprovechando la ausencia de aquellos turbulentos magnates, pudieron consolidar su poder en beneficio de las legítimas libertades de los pueblos, concediéndoles cartas pueblas, y emancipando multitud de ciudades. Los mismos señores se habian adelantado á

aquella obra reparadora dando libertad á multitud de siervos; y la vista de los Santos Lugares y de otros paises, de otras costumbres, otras instituciones, habia amansado su fiera condicion. Al fraccionamiento feudal, pues, iba reemplazando la unidad monárquica, á la anarquía el órden, al privilegio el derecho comun, á la ley de la fuerza, en fin, la fuerza de la ley.

Tambien en el órden religioso influyeron beneficiosamente las cruzadas. Estensos territorios abrazaron el cristianismo en el Oriente de Europa y en las regiones Occidentales de Asia, por la predicacion y virtudes de los monjes y sacerdotes, que iban en compañía de los ejércitos de la Cruz. Las órdenes monástico-militares tambien contribuyeron mucho á ensanchar los vastos dominios de nuestra religion santa. Recuérdese la fatigosa y por largos siglos no interrumpida cruzada de aquellos denodados campeones que se llamaron caballeros hospitalarios, teutónicos y templarios, los cuales no envainaron su espada hasta que la Europa dejó de temer la do-

minacion de los sectarios del Profeta. Los caballeros del órden teutónico convirtieron la Prusia y gran número de pueblos de las costas del Báltico. A semejanza de esas órdenes se fundaron otras en la mayor parte de los estados de Europa, como las de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa en España; cuyo instituto principal era combatir contra los enemigos de nuestra patria y de nuestra fé sin tregua ni respiro. ¡Qué historia tan interesante, tan bella y tan poética la historia de las órdenes militares! A sus heróicos hijos, *mas mansos que corderos, mas fuertes que leones,* segun la hermosa sentencia de S. Bernardo, ya se les ve ante el ara santa elevando sus plegarias al cielo; ya asistiendo en los hospitales á los enfermos á quienes llaman *sus Señores:* ora conduciendo á los peregrinos en medio de riesgos indecibles con una intrepidéz que raya en temeridad; ya riñiendo uno contra cien las batallas del Señor. ¿Qué corazon capaz de latir en presencia de lo bello y lo sublime no se conmoverá al contemplar tan puras glorias?

No se dejó sentir menos en las costumbres el poderoso influjo de aquellas grandiosas empresas. Cierto que nosotros mismos hemos tenido que deplorar la corrupcion que de vez en cuando contaminaba los campamentos de los cruzados, debida á la falta de prevision con que se emprendian semejantes expediciones; á la pérfida alevosía de los griegos, que obligaban alguna vez á entregarse al pillaje á los cruzados, privados como se veian de los medios de subsistir; á la falta de acuerdo entre los principales jefes y á sus celos y rivalidades; á las condiciones de un clima corruptor, y finalmente al desarreglo propio de la vida de los campamentos. Pero recuérdese tambien con que sinceridad de corazon se volvian á Dios y le pedian perdon de sus pecados, en vista de las derrotas con que, cual en otro tiempo al pueblo escogido, castigaba el cielo sus estravíos. Recuérdese la humildad grande con que ellos mismos reconocian sus faltas y con cuanta eficacia procuraban la enmienda. Recuérdese que en una edad en que el crímen, el vicio y el pecado

se llamaba por su propio nombre, el arrepentimiento seguia inmediatamente á la ofensa cometida contra Dios y contra los hombres, y que los grandes criminales solian ir á expiarla á Tierra Santa de donde volvian tan cambiados de costumbres, que eran ejemplo de austerísima virtud los que habian sido el escándalo y terror de la sociedad. La caridad de los cruzados excede de toda ponderacion. «Cuidad, les decia el Obispo Ademaro, cuidad á esos pobres clérigos y débiles peregrinos, pues aunque ellos no pueden pelear como vosotros, ni procurarse las cosas necesarias para la vida; mientras que vosotros arrostrais las fatigas y peligros de la guerra, ellos ruegan á Dios que os perdone los muchos pecados que cometeis cada dia.» Y los soldados de la Cruz se mostraron fieles cumplidores del caritativo encargo. «Cuando un breton ó un germano me dirigía la palabra, escribe Fulques de Chartres, yo no sabia responderle; pero aunque separados por la lengua, parecia que no formábamos mas que un solo pueblo, en vista de nuestro amor á Dios

y nuestra caridad por el pueblo.» ¿Por qué los que con repugnante hipocresía ofenden la memoria de aquellos héroes, citando algunos testimonios coetáneos, no acotan igualmente estos y otros en infinito número, de los mismos historiadores, que hacen olvidar las faltas de aquellos paladines inmortales? Las comunicaciones de los pueblos occidentales entre sí, y de estos con los orientales, contribuyeron á suavizar las rudas costumbres de los hombres de la edad media; y los caballeros andantes que debieron su existencia á las cruzadas, y ostentaban como glorioso emblema el célebre *por mi Dios y por mi Dama,* son el dechado mas cumplido de religiosidad, honor, galantería, y esmerado trato social.

Las ciencias, las letras y las artes recibieron igualmente gran impulso con las cruzadas, gracias tambien á la comunicacion y trato frecuente con los griegos y árabes. De esta manera la medicina aplicó muchos remedios hasta entonces de esclusivo conocimiento y uso de los orientales. La farmaco-

pea se enriqueció con nuevas drogas. Las ciencias naturales, en los tres reinos, ensancharon sus horizontes: aclimatáronse en Europa especies de animales aquí no conocidos, tales como el caballo árabe, perros de caza, camellos y dromedarios: la caña de azúcar, traida por los cruzados, prosperó maravillosamente en Sicilia y las costas del reino granadino; y desde entonces tambien fueron cultivadas en Europa multitud de especias y otras plantas aromáticas. Concíbese fácilmente la influencia de todos estos adelantos en la agricultura. No progresaron menos las ciencias físicas, químicas, matemáticas y astronómicas, cultivadas desde muy antiguo por los griegos y otros pueblos de Oriente, de los cuales las habian recibido los árabes. En las universidades empezó á enseñarse el griego, el hebreo, el caldeo, y el árabe, y en París trató de establecerse un curso de lengua tártara. El estudio de la lingüística auxilió maravillosamente al de la Filosofía, que cultivaron génios sobresalientes como el Maestro de las Sentencias (Pedro Lombardo)

Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y Scotto. La Geografía adquirió notable desarrollo: fué mejor conocida la configuracion de las costas: estudióse con mas detenimiento el curso de los rios, la naturaleza de los diferentes paises, y el clima y producciones así de Europa como de Asia y Africa. La historia ganó tambien en interés y amplitud de miras no menos que en elevacion y galanura de estilo: los cronicones convirtiéronse en crónicas, y aun hoy, no obstante los adelantos de la crítica, se admira el profundo sentido de las historias de Malmesbury y Mateo Paris; de Guillermo de Tiro, Villeharduino, Joinville y Froissart; de Oton de Freisingen, de Malaspini, de Alfonso el Sábio y de Muntaner.

Mas decisivo que sobre las ciencias fué el influjo que las cruzadas ejercieron sobre la literatura propiamente dicha. La poesía romántica, principalmente en el género lírico y aun en el épico, lo mismo que la novela, tomó extraordinario incremento con los trovadores, cuya ardiente fantasía y tierno co-

razon encontraba campo vastísimo en los hechos hazañosos de los soldados de la Cruz.

El trato de los cruzados con los griegos de Constantinopla contribuyó tambien al desarrollo que entonces alcanzaron las bellas artes, porque aunque el gusto y la fantasía de aquella raza degenerada estaba muy lejos de la lozanía y vitalidad de otros tiempos; aquel imperio caduco fué, sin embargo, el principal asilo que escogieron las artes y lenguas antiguas. Las estátuas, columnas y obeliscos con que los cruzados á la vuelta de sus expediciones enriquecian las ciudades y los castillos, prueban como á la vista de las obras del genio se despertaba el gusto de los hombres de las apartadas regiones del Ocaso. ¿Quién duda que el templo de Santa Sofía y otros del Oriente inspiraron á los artistas que realizaron sus concepciones en monumentos de tan subido mérito como nuestra grandiosa Catedral?

Pero donde mas se notó la influencia de las cruzadas fué en el comercio, la industria

y la navegacion, artes que tan maravillosamente se auxilian. Efectivamente aquellas remotas expediciones favorecian el comercio, abriéndole nuevos caminos. Venecia, Nápoles, Amalfi, Pisa, Génova, Marsella, Barcelona y otras ciudades marítimas se enriquecieron, estableciendo factorías en todas las costas de Levante; trasportando en sus bajeles los ejércitos de la Cruz, á los cuales suministraban tambien municiones de boca y guerra; y abasteciendo, en fin, á los pueblos de Occidente de las producciones de Oriente y viceversa. Toda la Europa siguió este movimiento, y entre las ciudades del Norte se fundó la liga anseática para comerciar por aquellas regiones. La industria, como era consiguiente, cobró tambien rapidísimo vuelo. Las telas de seda, los tejidos de damasco y los de pelo de camello fueron importados de Oriente, estableciéndose multitud de telares en diferentes pueblos de Italia, Francia, España y otros puntos de Europa. En Venecia se imitaron los cristales de Tiro, y el arte de orfebrería hizo notables adelantos, en-

gastando perlas y construyendo magníficos relicarios. Otro tanto decimos de la navegacion. Los normandos construian barcos grandes, pero pesados; los de las costas del Mediterráneo ligeros, pero frágiles. La preferencia que se dió al camino de mar sobre el de tierra en aquellas expediciones fué causa de extraordinarios adelantos en la arquitectura naval. Combinóse la capacidad con la solidéz y velocidad, para lo que se introdujo el uso de dos ó mas mástiles. Desde entonces puede decirse que data la importancia del comercio marítimo. Por otra parte los monarcas comprendieron cuanto realzaba el poder y grandeza del estado una marina respetable, y empezaron á construir escuadras, habiéndose creado entonces el título de almirante, tomado de los árabes.

Eran consiguientes tambien los progresos del arte militar, que antes de las cruzadas puede decirse que estaba en su infancia, como que las guerras se reducian casi siempre á violentas y no meditadas acometidas de señor á señor, sin pasar apenas de un

castillo á otro castillo. De aquí el que la administracion militar fuese de todo punto ignorada, y que los ejércitos se entregasen frecuentemente al pillaje y al saqueo para poder subsistir. Esto explica tambien los grandes desastres de las cruzadas, y cómo la experiencia, haciendo á los pueblos mas cautos tornó las guerras menos mortíferas y crueles; pues se tomaron todas las precauciones; pensóse en las necesidades de la campaña y por consiguiente en la creacion de una administracion militar propiamente dicha; cuidóse del aseo de los campamentos para prevenir las consecuencias de la peste y otras enfermedades contagiosas, tan terribles en aquellos tiempos; disciplináronse las masas turbulentas, indóciles á todo yugo; estudiáronse cuidadosamente las reglas de la estrategia; dióse merecida importancia á la infantería, y la arquitectura militar fué perfeccionada, é inventadas algunas máquinas bélicas. Con esto se consiguió además hacer las guerras menos frecuentes, por mas costosas.

El temor de ser demasiado pesado no me permite ampliar estas consideraciones. Basta sin embargo lo dicho para demostrar la injusticia de los que las condenan como fuente de inmensas calamidades, y estériles en toda clase de bienes. ¿Conoceis, vuelvo á decir aquí, un hecho inspirado por sentimientos mas nobles y generosos, y á la vez mas fecundos en consecuencias? Las cruzadas aseguraron á Europa su independencia, quebrantando las fuerzas de la raza musulmana; prepararon la ruina del feudalismo, dando vigor á la monarquía en provecho de las legítimas libertades; contribuyeron á la conversion de muchos pueblos al cristianismo; mejoraron las costumbres, suavizándolas; desenvolvieron en muchos sentidos el espíritu humano; fomentaron el comercio, la industria y la navegacion; y perfeccionaron la táctica militar. Y no se nos diga que los cruzados no comprendian toda la trascendencia de su obra. Mejor, responderemos con Balmes, pues cuanto menos parte haya tenido la prevision de los hombres, mas será lo que

debe atribuirse á las cosas, y las cosas aquí no son mas que los principios y sentimientos religiosos, en sus relaciones con la conservacion y felicidad de las sociedades, no son mas que el catolicismo cubriendo con su égida y vivificando con su soplo la civilizacion europea. «Gloria y prez, diremos con el mismo publicista católico, para concluir, gloria y prez á la religion que ha sido capaz de inspirar tan elevados pensamientos, que ha podido realizar tan árduas y generosas empresas.»—He dicho.